

AA.VV., *Estudios Patrísticos*, Villa María (Cba.), Ediciones del IAPCH (Instituto Académico-Pedagógico de Ciencias Humanas), Universidad Nacional de Villa María, 2004, 188 pp.

Este volumen conjunto contiene seis medulosos trabajos cuyo contenido fue originalmente expuesto, en junio de 2004, durante el I Simposio de Estudios Patrísticos organizado por el Instituto Académico-Pedagógico de Ciencias Humanas perteneciente a la Universidad Nacional de Villa María.

Escrita por especialistas de nuestro medio, la serie de seis estudios abarca un amplio espectro de temas y autores que van desde los inicios de la Patrística hasta los albores de la Edad Media.

El primero de los artículos, elaborado por Patricia Ciner, versa sobre la “Presencia de la teología del corazón en la obra de Orígenes” (pp. 21-44). El propósito del estudio consiste en mostrar la decisiva importancia de la dimensión del corazón en la teología de Orígenes y, con ello, lograr una demarcación más precisa entre el neoplatonismo, indudablemente presente en la obra del maestro alejandrino, y su inspiración cristiana que provoca una reelaboración de la tradición helenística, cuando no, un distanciamiento respecto de ella. Eso hace de Orígenes, a pesar de las influencias filosóficas recibidas, un teólogo eminentemente cristiano. La Autora explica además, que a diferencia del lenguaje contemporáneo para el cual “corazón” designa tan sólo la vida afectiva, en la tradición de la que se nutre el pensar origeniano ese término designa el centro más profundo de la persona humana, involucrando no sólo los afectos o emociones, sino también la vida intelectual, las actitudes y elecciones más decisivas y, sobre todo, el ámbito sagrado, el lugar donde se produce la comunicación con lo divino. Estructurado en tres partes el trabajo comienza con una síntesis de los antecedentes de la “teología del corazón”. Luego analiza la importancia que ella reviste en la obra origeniana, centrándose en el análisis de dos textos del *Contra Celso* y otro del *Comentario al Cantar de los Cantares*. Finalmente, reflexiona sobre el destino posterior de la teología del corazón y su incidencia en el mundo contemporáneo.

A continuación, Pablo Ubierna desarrolla el tema “Exégesis,

apocalíptica y escatología en la Patrística siríaca de los siglos IV al VI” (pp. 45-78). El trabajo toma como ejemplo especialmente ilustrativo un texto apocalíptico: el libro de *Daniel* del Antiguo Testamento sobre el cual los cristianos siríacos desplegaron un tipo particular de interpretación, mientras que, por el contrario, “el *Apocalipsis* de Juan no tuvo jamás una gran aceptación en los diversos cánones bíblicos en uso en las iglesias de tradición siríaca” (pp. 63-64). Distinguiendo entre dos posibles lecturas del texto veterotestamentario: aquella que apunta al fin de la historia y la que, en cambio, se refiere al fin de algún acontecimiento, el Autor señala que “si bien el texto siríaco de *Daniel* mantiene las distinciones terminológicas que permitieron el desarrollo de una literatura apocalíptica, la escatología siríaca se construye por fuera de esas posibilidades. Hay un ‘olvido’ de la apocalíptica. Y esto es muy interesante porque a diferencia de la tradición patrística griega, este ‘olvido’ no puede apoyarse en el texto recibido sino construirse en oposición a él” (pp. 52-53). Así se elaboró una peculiar exégesis del texto bíblico sobre la base de la cual los Padres siríacos dieron lugar a una interpretación de la historia característica de aquella tradición cultural del Cercano Oriente que, al menos hasta el siglo V se desarrolló al margen de los cánones de una *paideia* clásica.

El tercer estudio, presentado por Héctor Padrón, se titula “Hacia una antropología icónica en San Atanasio” (pp. 79-109). En consonancia con otros prestigiosos investigadores, como Remmers y Roldanus, el Autor estima que la clave para la interpretación de la concepción del hombre en San Atanasio reside en su raigambre cristológica. Más aún, “en Atanasio hay una reflexión antropológica genuina cuyo eje epistémico pasa por la *imagen*” (p. 81). Esa concepción se halla expuesta en el tratado doble conocido como *Contra Gentes et De Incarnatione*. Allí sostiene Atanasio que lo propio del hombre no es ser simplemente imagen de Dios, sino más bien haber sido creado a imagen y semejanza del Verbo de Dios, quien, efectivamente, es imagen de Dios Padre. Eso ha hecho del hombre, a diferencia del resto de las creaturas, un ser *logikós*, partícipe del Logos o Verbo de Dios, y por tanto, capaz de trascender su naturaleza mortal y de alcanzar la felicidad plena merced al conocimiento contempla-

tivo. Esa fuerza que hace tender el alma hacia Dios como su término de semejanza es graciosa y divina, y es concedida al hombre en su creación como compensación compasiva por su debilidad constitutiva, pues por naturaleza no puede lograr por sí mismo ni la incorruptibilidad ni el conocimiento de su Creador. Así, el hombre recibe esta gracia participando en la fuerza y el poder del Logos o Verbo divino, y haciéndose *logikós* en virtud de esta privilegiada relación con el Logos por quien el conocimiento de Dios es posible, alcanza la capacidad para perseverar en una existencia feliz.

Por su parte, Ramón Cornavaca desarrolla “La intención protréptica en las ‘Homilías sobre el Cantar de los Cantares’ de S. Gregorio de Nisa” (pp. 110-138). La obra de este Padre Capadocio, constituye un claro ejemplo de la reelaboración de la cultura griega antigua bajo un horizonte profundamente cristiano. En este sentido, sostiene el Autor, resulta interesante destacar un aspecto al que la crítica no ha dedicado aún mayor atención, a saber, la relación de la protréptica platónica con la intención protréptica que se constata en los escritos de Gregorio. “Es natural, pues, que él, recogiendo una forma ya tradicional de la literatura retórica y filosófica griega, escriba sus obras con esa intención protréptica —tan perceptible, por otra parte, en los diálogos platónicos—. Esto equivale a decir que él trata de ejercer, a través del propio escrito una determinada influencia en los lectores, a fin de que éstos orienten su vida hacia el conocimiento del Bien” (p. 112). Tal como la dialéctica platónica se proponía preparar a la inteligencia para su ascenso hacia la Idea de Bien, la Escritura —rica en parábolas, alegorías y símbolos— manifiesta la protréptica divina que promueve el deseo de Dios en el hombre, al par que prepara al alma para su perfeccionamiento gradual, protréptica divina que se continúa en la propia obra exegética del Niseno. De este modo se detiene el Autor en el análisis de algunos pasajes del Prólogo y de las Homilías I, II, III, VII y VIII, textos en los que aparece el término *protropé* (exhortación) u otros vinculados a él, intentando mostrar un sentido (*logos*) que guíe al receptor en la lectura del libro sagrado y lo ayude así a elevarse en el conocimiento divino.

Carlos Daniel Lasa apunta algunos trazos fundamentales en relación al “Conocimiento de sí y conocimiento de Dios en San Agus-

Agustín” (pp. 139-158). Tal como el Obispo de Hipona lo expresa en los *Soliloquios*, su interés primordial se centra exclusivamente en Dios y el alma. Por lo mismo, el conocimiento en sentido propio es el que tiene por objeto a Dios y al alma. Así, el Autor despliega la concepción gnoseológica de Agustín, la que involucra un sustento ontológico. En primer lugar, el Santo de Hipona ha debido luchar contra el escepticismo de los académicos apoyándose en la certeza de existir y pensar. Pero el alma tiene tanto un conocimiento de sí (*memoria sui*) que le es esencial, como un conocimiento de las cosas (*cogitatio*). De ahí surge la posibilidad del error: yerro propiamente hablando se da cuando la voluntad fija su atención en los sentidos y olvida la verdad inteligible, haciéndose culpable y engañándose respecto del conocimiento de su esencia. Por el contrario, el alma que ahonda en su propia interioridad encuentra presente en ella la huella de Dios en las reglas eternas, verdades inmutables que son una impresión de la Verdad primera en nuestro intelecto. Por ende, la verdadera esencia espiritual del alma consiste en orientarse hacia Dios conociéndolo, conocimiento que aún no es pleno sino que viene impulsado por el amor a Dios y la gracia. Ello dota al alma de un dinamismo particular, que exige además para su cumplimiento la fe, la purificación moral y la caridad. Se ve así la íntima confluencia que en la doctrina agustiniana se da entre conocimiento de sí y conocimiento de Dios.

Finalmente, cierra esta serie de trabajos, un estudio de Rubén Peretó Rivas sobre “La antropología de Alcuino” (pp. 159-188). Tratando de ponderar con justeza el aporte original de este pensador a una concepción del hombre, el Autor señala las principales fuentes de las que se nutren las obras de ese período temprano de la Edad Media. De ello deduce que “los tratados antropológicos que se escriban son fruto de un esfuerzo solitario con escaso apoyo doctrinal” (p. 162). Luego de señalar algunas tesis formuladas por los estudiosos más destacados sobre el tema, el Autor desarrolla el concepto de *dignitates* en Alcuino, término que se refiere a lo que la Escolástica llamaría “facultades”. Haciendo un seguimiento detallado del uso que de aquel vocablo hace este pensador, se encuentra que, conforme al magisterio de San Agustín, tres son las facultades del alma:

tin” (pp. 139-158). Tal como el Obispo de Hipona lo expresa en los *Soliloquios*, su interés primordial se centra exclusivamente en Dios y el alma. Por lo mismo, conocimiento en sentido propio es el que tiene por objeto a Dios y al alma. Así, el Autor despliega la concepción gnoseológica de Agustín, la que involucra un sustento ontológico. En primer lugar, el Santo de Hipona ha debido luchar contra el escepticismo de los académicos apoyándose en la certeza de existir y pensar. Pero el alma tiene tanto un conocimiento de sí (*memoria sui*) que le es esencial, como un conocimiento de las cosas (*cogitatio*). De ahí surge la posibilidad del error: yerro propiamente hablando se da cuando la voluntad fija su atención en los sentidos y olvida la verdad inteligible, haciéndose culpable y engañándose respecto del conocimiento de su esencia. Por el contrario, el alma que ahonda en su propia interioridad encuentra presente en ella la huella de Dios en las reglas eternas, verdades inmutables que son una impresión de la Verdad primera en nuestro intelecto. Por ende, la verdadera esencia espiritual del alma consiste en orientarse hacia Dios conociéndolo, conocimiento que aún no es pleno sino que viene impulsado por el amor a Dios y la gracia. Ello dota al alma de un dinamismo particular, que exige además para su cumplimiento la fe, la purificación moral y la caridad. Se ve así la íntima confluencia que en la doctrina agustiniana se da entre conocimiento de sí y conocimiento de Dios.

Finalmente, cierra esta serie de trabajos, un estudio de Rubén Peretó Rivas sobre “La antropología de Alcuino” (pp. 159-188). Tratando de ponderar con justeza el aporte original de este pensador a una concepción del hombre, el Autor señala las principales fuentes de las que se nutren las obras de ese período temprano de la Edad Media. De ello deduce que “los tratados antropológicos que se escriban son fruto de un esfuerzo solitario con escaso apoyo doctrinal” (p. 162). Luego de señalar algunas tesis formuladas por los estudiosos más destacados sobre el tema, el Autor desarrolla el concepto de *dignitates* en Alcuino, término que se refiere a lo que la Escolástica llamaría “facultades”. Haciendo un seguimiento detallado del uso que de aquel vocablo hace este pensador, se encuentra que, conforme al magisterio de San Agustín, tres son las facultades del alma:

inteligencia, voluntad y memoria. Se trata de una sola alma que tiene tres manifestaciones diversas. En cuanto a la relación entre las dignidades, parece que Alcuino habría diferido en algunos puntos con la indiscutida autoridad doctrinal de San Agustín, jerarquizando de modo diverso a las facultades al ubicar en primer término la inteligencia en lugar de la memoria. También parece que el Doctor de York no habría identificado las dignidades con la sustancia del alma. Y si bien eso no significa que asumiera una postura explícitamente enfrentada con la del Hiponense, al menos permite afirmar que Alcuino “posee un pensamiento autónomo y un cierto grado de originalidad doctrinal” (p. 188).

De tal modo concluye este volumen de indudable valor especulativo. Esta excelente serie de estudios muestra, además, la vigencia y la amplia gama temática de la investigación sobre este rico período del pensamiento cristiano que se lleva a cabo en el ámbito de las universidades argentinas. Con un equilibrado sentido crítico y un fundado conocimiento del tema que abrega no sólo en las fuentes, sino también en una nutrida y actualizada bibliografía especializada, los seis trabajos forman un conjunto altamente calificado que es presentado al lector en una prolija edición, por lo que creemos verdaderamente auspiciosa la aparición de estos *Estudios Patrísticos*.

Silvana Filippi